

ños galos e hispanos (1). Si Ovidio con las mejillas escaldadas por el llanto, si la antigua Grecia y la antigua Roma hubieran escuchado a los Padres griegos y latinos, se habrían llenado de gozo al encontrar en ellos unos dignos apreciadores, defensores y sostenedores de sus inmortales lenguas y bellas letras. Y si en esa asamblea de gigantes, en esa asamblea de los Padres de la Iglesia, hubieran hecho el papel de opositoristas Felix Dumas, anticlásico del siglo XVII, Grou, anticlásico del siglo XVIII, Gaume y Ventura, hubieran parecido unos pigmeos.

La 5.^a consecuencia es que el sentir de los Padres de la Iglesia no era un juicio cualquiera, sino una convicción profunda: *persuasissimum fuit*.

La 6.^a es que los Santos Padres juzgaban, que la enseñanza de los clásicos paganos a los niños y a los jóvenes de las escuelas cristianas era, no solamente útil, sino utilísima, y de aquí su grandísimo sentimiento por el edicto de Juliano, diciendo que con él se había hecho a la cristiandad una herida gravísima: *gravissimo vulnere* (2).

Ventura apoyado en Baronio, se empeña en una distinción entre el profesorado y el aprendizaje con motivo del edicto de Juliano, diciendo que este prohibió a los cristianos el profesorado, pero no el aprendizaje de los clásicos paganos. Emitiendo mi opinión con la venia de autores tan respetables, como puede emitirla licitamente todo hombre en estas materias, digo que esa distinción me parece completamente falsa. Por que en virtud del edicto corrían parejas el profesorado y el aprendizaje, aunque en dicho edicto no se expresara mas que *el enseñar*. Ni vale alegar la regla de Derecho que dice: *Odia restringi*, ni la otra: *Expresa nocent, non expresa non nocent*, ni la otra: *Lex co. rectoria non ampliatur á paritate, quin nec á majoritate rationis*; por que esas reglas no tienen lugar acerca de aquellas cosas necesariamente correlativas y unidas, como son el enseñar y el aprender, acerca de las que tiene lugar esta otra regla de Derecho: *Cum quid prohibetur, prohibentur omnia quae sequuntur ex illo*, y esta otra: *Expresio eorum quae tacite insunt, nihil operatu*. "No, dice el P. Ventura, a los discípulos no prohibía el edicto el aprendizaje de los clásicos paganos, por que podían pasar al paganismo y aprenderlos

(1) Después de tantos siglos ha sucedido lo mismo en la época moderna. En los Concilios generales, de parte de los Obispos romanos y demas italianos no ha habido risas, pero sí grande molestia en el oído, al escuchar los acentos agudos de los Obispos franceses, y los bárbaros sonidos guterales y nasales de los Obispos españoles, ingleses, alemanes, holandeses y polacos.

(2) César Cantú compara el estilo de dolor y de imprecación con que escribieron los Santos Padres con motivo del edicto de Juliano, al estilo ardiente de Isaías. (Obra cit., lib. 7, cap. 21).

en las escuelas paganas: *nisi transissent ad Numinum cultum*. Mas si dichos discípulos pasaban al paganismo, dejaban de ser cristianos, y resulta cierto que *a los cristianos se prohibía aprender* los clásicos paganos. Discurriendo de ese gracioso modo, resulta que el edicto tampoco a los maestros prohibía enseñar los clásicos paganos, por que podían pasar al paganismo y enseñarlos en las escuelas paganas: *nisi transissent ad Numinum cultum*. Y en fin, los monumentos canónicos de la época dicen que el edicto de Juliano prohibió el enseñar y el aprender: *Docere et discere*.

Lo que hai de cierto en ese hecho es, que era muy difícil que los maestros pasaran al paganismo, por que eran personas muy arraigadas en la fé y culto cristiano, mas si era fácil que los discípulos, aun los que eran ya cristianos, viendo que en las escuelas cristianas ya no se enseñaban los clásicos paganos, por el grande amor a la literatura de estos, y por la autoridad de sus padres, si estos eran gentiles, pasasen a las escuelas paganas. Esto es lo que indica Baronio, quien para nada pensó en la cuestión de los clásicos, y Ventura se aprovechó de la sencilla narración del historiador para acomodarla a su objeto. Mas esa no es distinción que hiciera el edicto entre el profesorado y el aprendizaje, sino distinción entre la *dificultad* y la *facilidad* del tránsito a las escuelas paganas: distinción que importa un ardite para el asunto que nos ocupa. Supongamos que con motivo del edicto de Juliano, la cuarta parte de los niños y jóvenes de las escuelas cristianas se pasaron a las escuelas paganas; supongamos (lo que no sucedió), que se hubiera pasado la mitad de ellos; pongámonos en la última hipótesis: que todos los niños y jóvenes de las escuelas cristianas se hubieran pasado a las escuelas paganas, ¿qué se deduciría de esto? Lo que se disputa es si en el siglo IV se enseñaron o no se enseñaron los clásicos paganos a la juventud en las escuelas cristianas. De esta proposición: en el siglo IV *todos* los niños y jóvenes de las escuelas cristianas, viendo que ya en ellas no se enseñaban los clásicos paganos, se pasaron a las escuelas paganas, se deduce esta consecuencia: luego en el siglo IV se enseñaban los clásicos paganos a los niños y a los jóvenes en las escuelas cristianas.

En virtud del edicto de Juliano y de la protesta de los Santos Padres, la enseñanza de los clásicos paganos en los primeros siglos es un hecho palpitante, que aunque Gaume osó negar en su Gusan Roedor, Ventura se vé obligado a confesar. Mas ya que le es imposible negarlo, procura desvirtuarlo, lo pinta con pinceladas desfavorables, para que apareciera débil y descolorido y como un argumento de muy poca fuerza. Una de esas pinceladas desfavorables

es asegurar que es verdad que en los primeros siglos se enseñaron los clásicos paganos a la juventud de las escuelas cristianas, pero que eso fué por una *triste necesidad*.

Si, la misma *triste necesidad* con que a los postres de una opípara mesa se toman dulces y vinos exquisitos: *desinente coena suavis est placentula*. La misma *triste necesidad* con que en la primavera se cubren los árboles de hojas: *instar foliorum quibus ornantur arbores*. La misma *triste necesidad*, con que un desposado adorna el día de sus bodas la puerta de su casa con un feston de yedra, símbolo de la felicidad conyugal: *instar foliorum*. La misma *triste necesidad* con que un emperador romano subía en triunfo al Capitolio, llevando en la cabeza una corona de laurel: *instar foliorum*. La misma *triste necesidad* con que se lee esta quintilla de Fray Luis de Leon:

El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido;
Los árboles menea
Con un manso rüido
Que del oro y del cetro pone olvido (1):

instar foliorum quibus ornantur arbores. La misma *triste necesidad* con que un israelita se casaba con una hermosa cautiva griega, adornada con el collar, zarcillos, braceletes, sandalias y la mitra o bonetillo hebreo: *propter eloquii venustatem* (2). Y en fin, la misma *triste necesidad*, resignacion y frialdad, con que San Gregorio Nacianceno, enojado por que Juliano habia quitado la enseñanza de los clásicos paganos, decia a este emperador y a todos los paganos: "Os dejo todas las demas cosas: riquezas, nobleza de nacimiento, gloria, autoridad: bienes que desaparecen como un sueño; pero deseo la elocuencia, y no me desanimaran para buscarla los trabajos ni los viajes por tierra y mar" (3).

Dice el P. Ventura que en la época de Juliano, los Santos Padres enseñaban los clásicos paganos a la juventud de las escuelas cristianas, por que carecian entonces de clásicos cristianos que pone en las manos de la juventud para que aprendiera el griego y el latin, la elegancia de hablar y de escribir, la elocuencia.

Es admirable como se ciega un hombre aunque sea sabio, cuando se convierte en sistemático; pues a veces, para conocer un hecho no se necesitan largos estudios ni profundas disquisiciones metafí-

(1) Oda A la Vida del campo.
(2) San Gerónimo, Epístola a Magno.
(3) Libro contra Juliano.

sicas, sino que basta leer la historia. El reinado de Juliano fué en el último tercio del siglo IV, y en el último tercio del siglo IV no habia todavia clásicos cristianos que poner en manos de la juventud, para que aprendiera el latin y el griego y la bella literatura cristiana? Pues, dejando aparte el histórico Génesis, los históricos Libros de los Reyes, el bucólico Cantar de Cantares y los poéticos Libros de Job, de los Profetas y de los Salmos; dejando aparte el Evangelio, modelo de sencillez sublime, de grave elocuencia histórica y de lenguaje y estilo oriental, abundante en bellísimas y patéticas figuras; ¿no existian los escritos de San Dionisio el Areopagita, que escribió en el siglo I? ¿No existian los escritos de Atenágoras, San Justino el Filósofo, Taciano, San Meliton, Teófilo de Antioquia, San Ireneo y Clemente Alejandrino, que existieron en el siglo II? ¿No existian los escritos de Tertuliano, Orígenes, San Cipriano, San Gregorio el Taumaturgo, Minucio Félix y Arnobio, que existieron en el siglo III? ¿No existian los escritos de Lactancio, los de los poetas virgilianos Juvenco y Prudencio, uno y otro gloria de España, los de Eusebio de Cesarea, San Febadio, San Hilario de Poitiers, San Atanasio, San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Efren, San Melesio y el Papa San Dámaso, que escribieron, unos en el primer tercio y otros en el segundo del siglo IV? ¿Y todavia no habia en el último tercio del siglo IV clásicos cristianos que poner en manos de la juventud?

San Gerónimo llama a San Cipriano *ciceroniano* y a Lactancio *rio de elocuencia Tuliana*, por el idioma y estilo de uno y otro muy parecidos a los de Ciceron (1). El mismo Doctor Máximo dice de Juvenco: "Explicó la historia de Nuestro Salvador (2) en verso... y no temió poner debajo de las leyes del metro la magestad del Evangelio," y de San Hilario de Poitiers: "Imitó los doce libros de Quintiliano en el estilo y número" (3), y en otra parte llama al mismo San Hilario: "Ródano de la elocuencia latina" (4).

El historiador Henrion dice: de San Meliton: "Compuso muchas obras llenas de ingenio y elegancia;" de Teófilo de Antioquia: "Se conserva su elegante Tratado a Autólico sobre la verdad del Cristianismo;" de San Cipriano: "Lactancio le respeta como al primero de los Padres verdaderamente elocuentes; y en efecto tiene esta feliz igualdad de imaginacion y discernimiento, que produce la verda-

(1) Fr Luis de Granada, Retórica.
(2) El Evangelio de San Mateo.
(3) Epístola a Magno.
(4) Cit. por los autores del Diccionario Universal de Historia y Geografía, art. Hilario de Poitiers.

dera elocuencia. Su estilo varonil y vehemente, brillante, sublime y magestuoso, nada tiene sin embargo de declamatorio, y hermana la amenidad con la naturalidad y la pureza;" de San Gregorio el Taurinense: "Dejó una Epístola de gran autoridad y un Panegírico *muy elocuente* de Orígenes;" de Lactancio: "Llamado el Cicerón cristiano por la pureza de su estilo;" de San Atanasio: "El más penetrante de los oradores y el más claro y natural de los escritores;" de San Basilio: "Sus obras consisten en excelentes comentarios sobre la Escritura, en homilias *muy elocuentes*, en cartas etc. Se aventaja en los panegíricos. La elegancia y pureza de su estilo, sus pensamientos tan nobles como delicados, sus expresiones grandes y sublimes, la profundidad de su doctrina, lo vasto de su erudición y la pureza de sus raciocinios, le hicieron igualar a los más grandes oradores de todos los tiempos, *sin exceptuar a Demóstenes*;" de San Gregorio Nacianceno: "Sus obras consisten en cincuenta y cinco discursos o Sermones, en muchas piezas de poesía y en muchas Cartas. Su elocuencia es muy sublime y muy animada. . . Su estilo es puro, sus expresiones nobles, sus figuras variadas, sus comparaciones frecuentes, propias y luminosas y sus raciocinios sólidos;" de San Efrén: "Sus Sermones y discursos de piedad, sus Tratados contra los herejes y sus Comentarios sobre la Escritura ofrecen un fondo de bellezas. . . Sobre todo se admira la unión difícil de todo lo brillante de la imaginación oriental con la más tierna unción;" de San Melitón: "San Epifanio nos ha conservado un discurso *muy elocuente*;" y en fin, del Papa San Dámaso: "Escribió muchas Cartas y algunas poesías, que le hicieron pasar por *uno de los ingenios más grandes de su siglo*" (1). ¿Y todavía no había en el último tercio del siglo IV clásicos cristianos que poner en manos de la juventud?

Hai enemigos de los clásicos paganos que los tratan con un desprecio, que no sé si causa admiración o risa. Dicen que, ¿qué comparación hai entre Virgilio y San Ambrosio?, que Horacio es un triste y que Cicerón no fué ni orador. Hai otros que conceden a los clásicos paganos un gran mérito en la forma, pero dicen que los clásicos cristianos son superiores a ellos aun en cuanto a la forma, e indudablemente en cuanto al pensamiento; que este es el que importa; que la ventaja que los clásicos paganos hacen a los clásicos cristianos en cuanto a la propiedad, pureza y buen gusto del idioma y estilo, no compensa los males que causan aquellos en cuanto al pensamiento, debilitando mucho en la juventud el pensamiento cristiano, paganizándola, corrompiendo su fé y haciéndole perder

[1] Historia General de la Iglesia, Catálogo de Escritores eclesiásticos.

sus costumbres; y que por tanto debe sacrificarse la forma al pensamiento, eliminándose de los colegios cristianos la enseñanza de los clásicos paganos, o por lo menos, enseñándose muy poco de ellos. He aquí el sofisma de los gaumistas de talento, que tiene todos los visos de verdad y de fuerza, y que por lo mismo ha sorprendido a algunos hombres de buena fé: sofisma que me parece desbaratado ya en las Adiciones anteriores, y sobre el qué, por lo mismo, solo añadiré una palabra.

Si este fuera un argumento verdadero, si realmente tuviera verdad y fuerza, nunca hubiera tenido tanta como en los primeros siglos de la Iglesia, por que nunca más que entonces ha habido más necesidad de cuidar y robustecer el pensamiento cristiano. Hoy, después de diez y nueve siglos de Cristianismo, el pensamiento cristiano está muy crecido y robustecido; pero en los primeros siglos se estaba operando la trabajosa transición del paganismo al Cristianismo. Entonces el pensamiento cristiano se criaba en algunas almas, en otras estaba en estado de embrión, y en otras ya había nacido y se hallaba en estado de crecimiento. Y sin embargo, los Santos Padres se lamentaban profundamente de la falta que les hacían los clásicos paganos para la formación de la juventud cristiana. ¿Y por qué se lamentaban? ¿Por qué no pensaban como los gaumistas? ¿No tenían oradores ciceronianos, poetas virgilianos, institutistas semejantes a Quintiliano y clásicos en otros muchos géneros de bella literatura? ¿No tenían ¡un río! de elocuencia tuliana? ¿No tenían, ¡un Ródano! en la Iglesia Católica? ¿Qué más querían? ¿Por qué lloraban? ¡Ay! Por que ellos conocían muy bien la diferencia que hai entre *ciceroniano* y *Cicerón*, entre *tuliano* y *Tulio*, y entre *virgiliano* y *Virgilio*. ¡Ay! Por que ellos tenían las narices largas, y Monseñor Gaume y el Muy Reverendo Padre Ventura las han tenido romas. Por que ellos miraban lejos, y Monseñor Gaume y el Muy Reverendo Padre Ventura han sido cortos de vista, pues el Autor de la naturaleza es libre en la repartición de sus dones. Por que ellos se sabían muy bien por qué San Gerónimo había llamado a San Hilario Ródano y no Tiber: por que el Ródano no arrastra arenas de oro puro como el Tiber, sino no pocos guijarros llamados *galicismos*. Por que ellos sabían la diferencia que hai entre *río* y *fuenta*. Por que todos los hombres del mundo prefieren para beber el agua de las fuentes a la de los ríos. Por que, como lo hemos observado los que hemos estado bastante tiempo en el campo, hasta los animales cuando van a beber en un arroyo, van subiendo hasta que llegan a la fuente o al lugar menos distante de ella.

ADICION 37.^a

ENSEÑANZA DE LOS CLASICOS PAGANOS A LA JUVENTUD EN EL SIGLO V.
SAN AGUSTIN, O SEA EL AQUILES DE LOS GAUMISTAS.

En este siglo continuaron las escuelas parroquiales, episcopales y monásticas; continuó la época de transición de la sociedad del paganismo al Cristianismo, aumentándose con las multitudes de los bárbaros del Norte que ingresaban al Cristianismo; continuó la convicción profunda y doctrina de los Santos Padres sobre la grandísima utilidad de la enseñanza de los clásicos paganos a la juventud cristiana; continuó dicha enseñanza en las escuelas cristianas, y continuaron saliendo de ellas Doctores católicos, ilustres por su literatura sagrada y profana. Tales fueron el Papa San Leon el Grande, Vicente Lirinense, San Hilario de Arles, San Pedro Crisólogo, Sócrates, Sozomeno, Teodoreto, San Próspero, Pulo Orosio, Salviano, Sidonio Apolinar y Claudio Mamerto.

El historiador Henrion dice de Teodoreto y sus obras: "Estas diferentes obras se cuentan justamente entre las producciones mas perfectas de la antigüedad;" de San Próspero: "Se estima sobre todo su poema sobre los Ingratos;" y de Salviano: "Su estilo es mui adornado y no obstante fácil y agradable. Hai pocos Padres latinos que lleguen a su elocuencia, la qué algunas veces llega hasta un entusiasmo y vehemencia que se asemejan a la declamacion". Claudio Mamerto es el autor del himno *Pange lingua* sobre la Pasion de Jesucristo composicion breve, pero modelo de bella literatura clásica.

Mas la figura mas prominente del siglo V es San Agustin. Los gaumistas presentan la doctrina de este Santo como opuesta a la enseñanza de los clásicos paganos a la juventud de los colegios cristianos. Tienen a San Agustin como su Aquiles, como el defensor principal de su causa, como el general en gefe y porta-bandera de su ejército y como el patrono de su cofradia (1). En el lenguaje de los escolásticos se llama *Aquiles* el argumento principal y mas fuerte en una controversia, aludiendo a que Aquiles fué el guerrero mas

(1) Un amigo mío mui fidedigno, por su probidad y alta posicion eclesiástica, me refirió que estando el Ilustrísimo Señor Sollano en Silao sentado a la mesa, y dicho testigo a su lado, habiéndose tocado el punto de la publicacion de nuestra Correspondencia epistolar en el periódico La Revista Universal, ¡Su Señoria Ilustrísima dió un fuerte golpe sobre la mesa diciendo: "Yo pierdo la cuestion que pierda San Agustin": hecho que, a propósito de muchas doctrinas del Santo de que se habia retractado, referí en mi bolleto Retractacion sobre el origen de la escultura etc., impreso en 1877, pag. 27.

valiente en la Guerra de Troya. Con perdon de la escuela peripatética opino que es impropio ese nombre, por que Aquiles era vulnerable en cierta parte, asaber en un talon, segun se creia; pero un argumento verdadero y grande no es contestable ni vulnerable en parte alguna. Me parece que mejor se puede aplicar el nombre de Aquiles a un sofisma mui ingenioso y delicado, que tiene todos los visos de verdad y de fuerza, a uno de esos sofismas de los sabios, cuyo vicio está tan escondido, que se necesita un talento perspicaz para hallarlo.

Ninguno de los gaumistas que yo he leído, ni el mismo Gaume, presenta el argumento tomado de la doctrina de San Agustin con la fuerza que el P. Ventura: Dice este sabio: "No citaré mas que al gran San Agustin, por haberse apoyado en su propio ejemplo para estigmatizar esta escandalosa imprudencia (la enseñanza de los clásicos paganos a la juventud cristiana), y por que desgraciadamente su historia se repite con demasiada frecuencia hasta en nuestros dias. Aunque hijo de padre pagano, habiase educado Agustin por su santa madre en los principios y en los sentimientos del Cristianismo. Pero desde el momento en que se dedicó a los estudios literarios, en esos mismos autores que hoi se ponen en manos de los jóvenes, su espíritu se abrió a todos los errores y su corazon a todos los vicios. — "Repetiame, dice, "En esos libros es donde hai que buscar el conocimiento de las palabras latinas y de la alta elocuencia, para explicar bien a los demas y persuadirlos de las cosas mas importantes. ¡Como si no podriamos conocer las palabras *llyvia de oro, seno, afeite*, sin leer a Terencio en el lugar en que nos presenta a un jóven disoluto, proponiéndose el ejemplo de Júpiter para entregarse al vicio! ¡Ah! No son esas palabras las que mas fácilmente se aprenden con semejantes torpezas, sino esas torpezas mismas las que se aprenden con semeantes torpezas, sino esas torpezas mismas las que se aprenden a cometer con mas audacia leyendo esas palabras (1).— ¡Maldito seas, continua San Agustin, torrente de la costumbre humana! ¿Quien contendrá tus éstragos? ¿Hasta cuando arrastrarás a los hijos de Eva a ese mar inmenso y formidable, que atraviesan con gran peligro aun los que van en un navio? ¿No es en el estudio de esos libros donde he aprendido a Júpiter Tonante y adulterino al mismo tiempo? Se dice que esto es una ficcion de Homero. Si, una ficcion, pero de una trascendencia horrible, puesto que en virtud de esa ficcion que concede

(1) *Dicebatur miki . . . hinc verba discuntur, hinc acquiritur eloquentia rebus persuadendis, sententiisque explicandis maximè necessaria. (Confess., lib. 5) . . . Ita vero? Non cognosceremus verba haec: IMBREM AUREUM, et GREMIUM et FUCUM nisi Terentius induceret nequam adolescentem proponentem sibi Jovem ad exemplum stupri; non omnino per hanc turpitudinem verba ista commedius discuntur, sed per haec verba turpitudine ista confidentius perpetratur. (Confess., lib. 5).*